

buena consiste en la libre decisión del hombre por lo que reconoce que es su deber, y en la fidelidad y constancia en el cumplimiento del deber á pesar de cuantos obstáculos y peligros puedan presentarse. Es ésta una cualidad que nadie puede dar al hombre; debe adquirirla por sí mismo. No habrá potencia, ni aun la gracia de Dios, que pueda dispensarle de esta obligación. La gracia hace lo que es superior á sus fuerzas; le auxilia también en lo que no sobrepasa sus propias aptitudes, y le obliga al mismo tiempo más estrictamente á hacer todo lo que de él depende.

Así, en la religión natural; lo mismo que en la sobrenatural, todo depende de la voluntad, del conocimiento de su flaqueza y de la justa apreciación de sus fuerzas.

¡Qué abismo tan misterioso es la voluntad! Es el asiento de todas nuestras debilidades, el remedio que nos sana, la única causa que podemos presentar de nuestra infidelidad á nuestro honor y á nuestro destino, la sola palanca que podemos mover si queremos recordar nuestro deber. La voluntad hizo un Saulo, pero también hizo un Pablo; la voluntad hizo caer á Magdalena en el fango del pecado; la misma, unida á la gracia, la llevó á los pies del Maestro, y la elevó hasta su Corazón santísimo. Al darnos la voluntad libre al mismo tiempo que su imagen divina, nos dice el Criador estas graves é importantísimas palabras que debemos meditar cada día en nuestro corazón. «Llamo hoy por testigos al cielo y á la tierra, que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida para que vivas». ⁽¹⁾

(1) Deuteronomio, XXX, 19.

CONFERENCIA V

LAS PASIONES

1. No basta alargar la mano para conseguir la paz y la virtud; es necesario conquistarlas.—Penetrado de su propia debilidad, el poeta es, como el justo, indulgente en sus exigencias para con los demás. «No puede vivir en paz el hombre más piadoso, si tiene un mal vecino á quien desagradada». ⁽¹⁾ El mismo lenguaje tiene el antiguo proverbio que de ordinario no atiende mucho á las comodidades de la vida.

En esta materia nos exige mucho más la óptima y suavísima moral del Cristianismo. La distingue de las demás morales la tendencia á hacer que reine en sí mismo el hombre. Con frecuencia allá, en el mundo, la moral general es la misma moral privada. «Lo mismo hacen los demás; ¡ah! veámosles, se dice: ¿por qué he de ser más que ellos? Si me pide dispensa el que me ha ofendido, le perdono. Si mi compañero de desórdenes no se entrega al pecado, y no ejerce sobre mí perniciosa influencia, espero hacer otro tanto». En una palabra, hay una moral, según la cual podemos ser regulares, cuando lo que nos rodea no nos es ocasión de pecado.

Nuestra moral no se contenta con esto. Según ella, es necesario ser dueño del mal, dueño de la ocasión, dueño del peligro, dueño de sí mismo; y el único centro de la propia actividad debe ser una personalidad libre, firme é independiente. Es justamente el reverso de la moral precedente; ésta es su máxima: «No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien». ⁽²⁾

Ya el rey judío, cuya persona estaba muy lejos de des-

(1) Graf und Dietherr, Deutsche Rechtssprichwörter, 529. (8, 335).

(2) Romanos, XII, 21.

mentir el carácter apasionado de los orientales, se gloria de ser «pacífico con los que aborrecen la paz». ⁽¹⁾ Nada de extraordinario hay en vivir en paz con los pacíficos; es muy bueno ser bueno entre los buenos; es algo grande ser bueno con los malvados; pero es altamente admirable ser pacífico con los que no lo son, con los malvados, y para hacerlos buenos y pacíficos, hacer del ejercicio de la paz la invariable y constante regla de conducta. No debemos hacer depender nuestra virtud de una virtud extraña; debemos convencernos de que tendríamos que esperar mucho tiempo antes que nos trajesen la paz los otros, y de que más bien estamos obligados nosotros á dársela y á darla á los demás. Y cualquiera que sea nuestra posición en el mundo, deben servirnos de medida estos dos principios en el grado de lucha que debemos emprender para la adquisición de cada una de las virtudes.

2. Sólo es paz verdadera la que no rehusa el combate, por eso no conoció la paz el paganismo.— Sin embargo, cualquier paz no es la paz verdadera; hay hombres que, siempre y por todo, hablan de paz, donde la paz no existe, por eso se les ha caracterizado muy bien, cuando se les ha llamado «fanáticos de la paz». Porque, ciertamente, es fanatismo y de los peores querer á toda costa gozar de descanso, aun cuando haya que renunciar al honor, á la fe jurada y á la libertad, y consentir en todas las indignidades. No hay más que un camino, la lucha enérgica para salir de esta paz deshonrosa, y llegar á la paz verdadera. En las alternativas é incertidumbres á que nos lleva la idea de librarnos de semejante estado, hay otro medio más noble y menos peligroso que el de dejarnos oprimir cobardemente por enemigo tan artero; ese medio es la guerra abierta. Además ¿cómo evitará á la última vergüenza el que rehusa el combate, porque exige sudores y sangre, cuando la condición de combatir legítimamente tiene en perspectiva asegurada la victoria y su premio, que no es otro que la verdadera paz?

(1) Salmo, CXIX, 7.

El antiguo paganismo gozaba de cierta especie de paz; no puede decirse lo contrario. No hay quien tenga conocimiento de las principales obras intelectuales de la antigüedad, que no pueda atestiguar que en algunos individuos existía cierto reposo clásico y cierta dignidad que nos inspira admiración; en cuanto á los demás es innegable lo contrario.

No han dejado de explotar bien á fondo esta materia los enemigos del Cristianismo, exagerándola doblemente. De un lado, exponen sus teorías, como si la antigüedad entera, y cada uno de los miembros de la humanidad que precedió al Cristianismo, hubieran vivido en armonía verdaderamente divina. Que haya seriedad en su lenguaje, que no dependa su entusiasmo, en gran parte, de su imaginación, ó de la ignorancia del verdadero estado de las cosas, son cuestiones sobre las cuales no nos podemos pronunciar en este lugar. Sin embargo, es un hecho que no se puede poner en duda. Así como «las locas alabanzas», ⁽¹⁾ que se tributan á los tiempos antiguos provienen «de cierta presunción secreta», ⁽²⁾ así, y sobre todo, se debe especialmente á la influencia del orgullo la mezquina y superficial adoración de la antigüedad clásica. Creemos ser casi un Pericles y casi un César, porque hemos tenido la felicidad de tener en nuestras manos una piedra en que descansaron los ojos ó los pies de aquellos hombres.

De otro lado, y esta vez es bien intencionada la exageración, se ponderan las ligeras apariencias de desacuerdo en la literatura y en la historia del Cristianismo, principalmente en lo que se refiere á la Edad Media. Después se las explota para demostrar cómo la revelación ha arrancado completamente del corazón aquella maravillosa paz de que gozaban los hombres, antes de tener la desgracia de encontrarla, y cómo, en lugar de aquella paz, no ha puesto otra cosa que desorden y discordia. ⁽³⁾ Se llega hasta

(1) Eclesiástico, VII, 11.

(2) Arist., *Retor.* 2, 13, 12.

(3) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, II, 292 y sig.

hacer al Cristianismo responsable de la expiación que con insoportables sufrimientos interiores, y frecuentemente también con pasmosa inconstancia en su conducta, deben hacer los hombres que han roto con él en la fe ó en la práctica de la vida cristiana. «Es un honor para la santidad de la Iglesia, dice Ebrard, poder contar en su seno á un aventurero tan ingenioso como frívolo, cual Bienvenido Cellini». ⁽¹⁾ «Se sabe á qué atenderse respecto del Cristianismo, dice Vischer, cuando se le ve producir hombres tan poco serios como un Wieland». ⁽²⁾

No nos tomaremos el trabajo de examinar lo que tiene que hacer con Wieland y sus compañeros el Cristianismo, y en particular su única forma legítima, el Catolicismo. En todo caso, no por eso puede infamarse á nuestra Religión. Por el contrario, para más gloria de la fe católica, debería pensarse que jamás deja ella en la tranquilidad y en el olvido completo del deber ni aun á los espíritus fuertes, que se han separado de ella interiormente, como Cellini, aunque hagan creer las apariencias que pertenecen á ella exteriormente. Pero se disfrazan las cosas de intento. No se considera digno de reprobación que tomen los hombres pretexto de la posición en que parece que dominan á sus contemporáneos, para creer que les es permitido afirmar libremente que la obediencia á los mandamientos de Dios y de la Iglesia es buena para el pueblo. Digno es de censura; el Cristianismo es la única Religión que tiene la culpa de forzar, con exigencias contrarias á la naturaleza, á los hombres de genio á someter su arte ó su talento á las leyes cristianas y morales. De esta manera los lanza necesariamente á las terribles luchas, y porque evidentemente deberían sucumbir, se hacen arrogantes y presuntuosos. ⁽³⁾

En todo esto, sólo es recriminado el Cristianismo, cuyas brutales exigencias llevan la turbación á la santa paz del corazón. «Sólo el Cristianismo, dice Strauss, puede

(1) Janssen, *An meine Kritiker*, 92 y sig.

(2) Vischer, *Ästhetik*, I, 157.

(3) Lecky. *Gesch. der Aufklärung. Deutsch von Jolowicz*, I, 305.

producir espíritus como Schubart. Esa ruptura, esa lucha entre el espíritu y la carne, esa caída que lleva hasta los más degradantes excesos, esa elevación que á veces sube hasta una categoría que repele, ¿qué otra causa pueden reconocer sino á ese oscuro enemigo de todos los sanos sentimientos que se hallan en el hombre? En el mejor de los casos, no será el cristiano, sino un ángel el que cabalga en una bestia domada; un hombre formado de una sola pieza, un hombre completo, ¡jamás! Constantemente corre el riesgo de ver la bestia sobre la cual está, que se acuerda de su naturaleza salvaje, y lo derriba en tierra. Es necesario estudiar á los antiguos paganos; ¡eran otros hombres! Los griegos sabían hacer hombres verdaderos ó completos; apenas si en tantos siglos de Cristianismo, se ha podido solamente presentirlos. Pero después que han aprendido los pueblos cristianos las obras de los griegos, ha llegado hasta ellos la idea de una vida santa digna del hombre; en su escuela se ha formado el genio de nuestros grandes poetas, Göthe y Schiller. En fin, en sus poemas, lo mismo que en sus vidas, tenemos modelos indiscutibles de hombres completos y verdaderos». ⁽¹⁾

Si lo hemos dicho ya; ha gozado de cierta paz la iniquidad clásica; pero debemos decir también con franqueza que no les envidiamos su paz, y que no estamos celosos de los que se la quieren apropiar. Sentimos solamente que contribuyan sus doctrinas á despreciar el Cristianismo, porque provoca en el hombre la lucha y el combate. Pero «¿qué sabe el que no ha sido tentado?». ⁽²⁾ ¿Cómo puede hablar de combates el que jamás ha asistido á una batalla? Qué es lo que puede honrarle más, el polvo, el sudor y la sangre que cubren al atleta ó los perfumes de ocioso espectador:

«Lejos de la batalla en que se muestra
»El valor, cada cual es invencible
»En su tienda sentado; en la victoria

(1) Strauss, *Schubart*, II, 468 (bei Hettinger, Strauss, 40 y sig).

(2) Eclesiástico, XXXIV, 11.

- »Sueña el guerrero, y mil cálculos forma
 »Hasta que el enemigo al campo sale,
 »Sembrando por doquier muertes y estrago». (1)

Alábase cuanto se quiera la tranquilidad clásica de los antiguos, no por eso se nos engañará en esta materia; lejos estaba aquella paz de ser tan general, tan completa y tan tranquila como se dice; de ello nos convenceremos todavía. Y lo que es peor, era paz deshonrosa, porque estaba fundada en la sumisión á un poder á quien no podían servir, sino á costa de envilecimiento personal, la llama y la imagen divina que lleva consigo el hombre; paz que proviene de la falta de valor para resistir á las propias pasiones; paz que busca el descanso para disfrutar de él á cualquier precio; paz de fanatismo y de cobardía; en fin,—aunque nada hemos dicho todavía en su deshonra—paz viciada y que se altera á cada momento, á pesar de los sacrificios que pueden hacerse para conservarla.

Imposible que la humanidad permaneciese en tal estado: le iba en ello su honor; pero jamás hubiera hallado en sí misma la fuerza y el ánimo necesarios para quebrantar las cadenas que la envilecían. Por eso envió en su auxilio la misericordia de Dios la predicación y la gracia del Evangelio para conducirla de la prisión, en que estaba cautiva, á la luz de la libertad.

3. Jamás ha sido más violenta la lucha, que cuando se ha pactado una paz falsa y sin honor.—«Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee; mas si, sobreviniendo otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas en que fiaba, y repartirá sus despojos». (2) Si los débiles que se le han sometido contra todo derecho, se acuerdan de repente de su dignidad y de sus deberes, si, sostenidos por un auxiliar más fuerte, le niegan la obediencia, se traba entonces un violento combate, tanto más terrible, cuanto mayor fué ciertamente la falta de oposición que dió existencia á la tiranía bajo la cual gemían.

(1) Hitopadesa, 3, 6, 41.

(2) S. Lucas, XI, 21, 22.

Todo nos lo explican estas palabras salidas de los labios de la Verdad divina, lo mismo en la vida del individuo que en la marcha de la historia. En fin, no es difícil dar unidad á la vida propia; en todo caso, no es cosa que exija grandes esfuerzos; nada más fácil, si nos indemnizamos con la verdad. Si encuentra alguno desagradable luchar cada día contra el polvo y el barro de la vida, y contra la necesidad de limpiarse constantemente lo mismo que sus vestidos, sin poder conseguir que desaparezcan completamente las manchas, le queda un medio muy sencillo que le permitirá presentarse ante sus semejantes con un vestido sin mancha desde el punto de vista de la armonía. Si nada puede hacer para aparecer limpio, que se meta en un cenagal profundo, desde los pies á la cabeza, y quedará simétricamente restablecida la uniformidad. Obraría, sin duda, de otro modo, si no quisiera sólo formar un todo de un solo color, sino un todo que revelase la más nítida limpieza. Necesitaría en este caso constante atención á sí mismo, y trabajo enojoso y no interrumpido. Ciertamente es oneroso el tal trabajo, pero al menos es honroso; lo mismo se dice de la lucha por la verdad y por la purificación moral.

Á menos de una desgracia que no suponemos, es prueba de esta verdad la experiencia de cada uno. Al principio de su conversión, sintió quizá impresiones que le llenaron de espanto. Hasta entonces, ni había pensado en resistir á sus pasiones, ni éstas le habían dirigido ataques extraordinarios; mas al decidirse á romper con sus antiguas aficiones, experimenta en sí una lucha como no había conocido jamás; le parece que va á perderse en sí mismo, en Dios y en la virtud. No tiene razón. «Precisamente turba tu reposo la señal precursora de la curación. Sucede aquí como en medicina: cuando ve el médico que ha comenzado á agravarse la enfermedad, considera indicio cierto de que ha comenzado á producir efecto el remedio». (1) No es completa todavía la curación; puede tener malos resultados, si

(1) S. Agustín, S. 87, 13; in psalm. 72, en. 20.

cometes imprudencias; pero sientes tú mismo que ha penetrado en ti una nueva fuerza, y que esa fuerza va á producir un violento trastorno; te toca á ti entonces dirigirla, para que te sea verdaderamente útil; con un poco de cuidado de tu parte, no puede dejar ese remedio de producir la curación.

Es precisamente lo que en gran escala podemos observar en la historia del Cristianismo. La dificultad con que se encuentran muchos, es que, inmediatamente después de su victoria sobre el mundo pagano, se vió levantarse tal barbarie y tales pasiones, que recordaban los peores y los más tenebrosos tiempos que habían precedido. Tiene su explicación en el carácter de los nuevos pueblos germanos que en aquel intervalo aparecieron en escena. Mas, según lo que acabamos de decir, no puede dudarse ni un solo momento de que por necesidad debió producirse el mismo fenómeno, cuando sintieron en sí esa transformación los antiguos pueblos, más civilizados que los germanos. No son una excepción los duros bárbaros del Norte, cuya naturaleza salvaje é indócil no podía ser domada sino por el ascendiente del Cristianismo y después de siglos de luchas formidables.

¿Por qué acusar de ello al Cristianismo? ¿No debe, al contrario, ser considerado ese hecho como prueba de su fuerza? No ha dicho en vano el Maestro: «No he venido á traer la paz, sino la guerra». ⁽¹⁾ No están vacías de sentido las palabras del Apóstol, cuando exclama: «La palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que la espada de dos filos, y que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos, y que discierne los pensamientos é intenciones del corazón». ⁽²⁾ No sería muy honroso para la fe encontrar sólo naturalezas tímidas que se le entregasen sin combatir; y es señal innegable de la fuerza que la caracteriza, el que aquellos bárbaros se echasen en sus brazos sólo en cuanto

(1) S. Mateo, X, 34.

(2) Hebreos, IV, 12.

al exterior, y que se levantase después en su interior semejante tempestad, concluyendo por rendirse á discreción.

4. Acusación hecha al Cristianismo de imponernos la lucha contra nosotros mismos.—¿Cómo podía exigir la doctrina cristiana que la humanidad quisiera prepararse para un combate tan encarnizado contra sí misma? ¿cómo lo exige todavía hoy? ¿cómo lo exigirá siempre de todos y de cada uno? Es este uno de los puntos de la historia del Cristianismo que ha dado origen á erróneas interpretaciones, y que ha sido causa de acusaciones numerosas. Nos lleva esto á tratar una cuestión, cuya solución, clara y precisa, nos hará comprender la verdadera situación y la verdadera naturaleza del hombre.

El gran historiador inglés, que nos ha relatado los hechos de los últimos tiempos de Roma, cree haber encontrado la razón en que los cristianos consideraban como falta grave toda emoción sensible. ⁽¹⁾ Su émulo, el historiador del período del Humanismo, sigue sus pasos sin sombra de reflexión, como acostumbra, y escribe estas líneas: «Tienen cuidado del cuerpo los cristianos como de una cosa mala; para ellos las pasiones y la hermosura no son sino tentaciones mortales». ⁽²⁾ Nada más lejos de la verdad que semejante opinión. En las luchas contra las aberraciones de los dualistas, constantemente ha tenido por artículo de fe la doctrina cristiana, que no hay naturaleza alguna que en su esencia sea mala, y que, por consiguiente, nada esencialmente malo lleva en sí la naturaleza sensible del hombre. Mas no para ahí la Teología católica; afirma con la más completa certidumbre que están en un todo conforme con las enseñanzas de la fe, que son buenas en sí todas las inclinaciones naturales del hombre, sin exceptuar las que vienen de la sensibilidad. Si pierde su bondad, no es sino al inclinarse al objeto que no le conviene, ó que le está prohibido. En otros términos: no sólo no es

(1) Gibbon, *Geschichte des Verfalles des rom. Reiches*, 15, Kap. *Deutsch von Schreiter*, 1800, III, 197.

(2) Lecky, *Geschichte der Aufklärung*, *Deutsch von Jolowicz*, I, 179.